



CUARESMA

MADRE FUNDADORA M. Ma DEL CARMEN HIDALGO DE CAVIEDES

23-II-1966

CUARESMA ECLESIAL

Que la Cuaresma nos obliga, no hace falta decirlo, porque el Corazón de Cristo no se sacia nunca en necesidad de oblación y oración –la Suya–. Nunca se alcanza toda la santidad en “ellos” que ese mismo Corazón, en Su Amor, necesita, para dar a Dios toda Gloria en la salvación de almas. Es decir, que todo tiempo habría de ser para nosotros “cuaresmal”, urgidos por la Caridad de Cristo.

Pero, como nacimos en pecado, somos miseria, y la inconstancia siempre asoma, hace falta ir buscando estos resortes que nos despierten, que nos aviven, para empezar de nuevo y comenzar con más fuerza a llenar alguna vez, en algo, la medida de toda la exigencia de Dios.

Este Tiempo, muy directamente, tiene para nosotros, peso grande, en todos los órdenes: es un tiempo que la Iglesia establece para que las almas den una vuelta hacia Dios. Se trabaja: Ejercicios, misiones, etc. La oración y oblación, la de Cristo, está en ansiedad, porque, por este mismo plan establecido por la Iglesia, “ellos” tienen una actividad mayor, tienen más en su mano el acercamiento a las almas. Y, bien claro es que esa actividad, esos planes cuaresmales, si no hay un fuego dentro, si no están “ellos”, de verdad, cogidos por Cristo, tal vez logren una asistencia mayor de fieles a la iglesia, pero a las almas no se puede llegar, si no se está viviendo en Cristo, si no es Él Quien da Vida. Carga nueva, sobre nosotros, en nuestro ser de almas oblatas “pro eis”.

Otro aspecto: necesidad urgida de compensar esa actividad con una quietud más honda en el alma, que nos adentre más en sentir de Cristo y vivamos más profundamente nuestro ser de almas oblatas. Carga de petición sedienta, de que “ellos” sean santos. Se ve cada vez más la necesidad. Me hablaban ayer de un revuelto de criterios, de enfoque de las cosas, que parece está todo puesto en juego para talar el sentido de santidad en “ellos”. Es necesario orar muy profundamente en el Misterio de Cristo y en el Misterio de la Iglesia para que el alma se cargue de esta exigencia y responsabilidad; que nos demos cuenta de que es tiempo ahora más propicio por un ambiente que se establece, ya de tradición; por esa actividad en el Sacerdote; por el momento crucial que vivimos. Si siempre el acto sacerdotal tiene un reflejo, una repercusión en las almas, en estos momentos tiene una transcendencia única. Las almas necesitan Verdad, seguridad en el camino. Todo se pone en acción para que se acerquen a Dios. Y es necesario que, en nuestra vida escondida, más profunda y consciente, pidamos que ilumine la luz de Dios, que sepan “ellos” conducir a las almas por caminos de Dios, que den, de verdad, Vida de Dios. Oración de Cristo: *“santificalos en la Verdad”*; ansia de Cristo: *“Que todos sean uno, como Tú y Yo, oh Padre”*.

También para nosotros, directamente, es tiempo propicio para hacer un renuevo. No acostumbrarnos a vivir la vida de alma oblata. Hacer una parada, dar un comienzo. Orar, en sincero deseo de que Él coja, posea, realice... Que purifique todo lo interno, para que toda obra quede en Su presencia llena de Su mismo Amor. Que todo acto vaya urgido por la Caridad de Cristo. Que en todo momento nos encontremos acosados por esta Caridad. QUE NADA SE NOS HAGA GRANDE NI DIFICULTOSO, PORQUE ESTA CARIDAD NOS URJA, abra nuestra alma y nos lance, precisamente, a eso más costoso, en que podamos morir más.

La penitencia externa es necesaria, sí. Pero la principal penitencia externa ha de ser la OBSERVANCIA Y PERFECCIÓN EN TODO ACTO, que doblegue y humille nuestro ser a una sujeción concreta, estrecha y fuerte, a la Voluntad de Dios en cada momento. Buscar la penitencia en la plenitud de cumplimiento de esa Voluntad de Dios que exige en todo momento y acción. Constantemente, hay un deber que cumplir: hacia Dios, hacia las Hermanas, hacia las creaturas. Y, ese todo y siempre, es Voluntad de Dios; y en ese todo y siempre, Cristo urge en reclamo de un exhaustivo morir.

Ese deber, cumplido con sentido penitencial, con sacrificio de sí, con humillación de nuestro ser, en una entrega plena de nuestro conjunto de persona: del criterio, adhiriéndonos; de voluntad, sujetándonos; de acto, haciéndolo con perfección plena; pero, todo, urgido por la Caridad sedienta de Cristo Sacerdote: *“Que sean santificados en la Verdad”*. Que todas las almas se salven por el Amor. Si no es así, el deber cumplido, la penitencia... es un disfraz que repugna al Corazón de Cristo, que aumentaría su sed y gemido.

Caridad de Cristo, que nos entrega por su Iglesia, por la santidad de “ellos”, por nuestros hermanos. Adentrados así, vivificar todo el vivir diario. Adentrados; pero, urgidos por la Caridad de Cristo, que no es posible meternos en nosotros y estar pendiente de nuestro propio sentir; sino continuamente volcados en Iglesia, Sacerdotes, almas.

Vendrán sacrificios: por frío, por trabajo, por cansancio... En todo: sentido penitencial, de entrega. En íntima oración. En conciencia clara de que TODO LO ESTÁ PONIENDO ÉL, porque Cristo mismo lo reclama en sacrificio total, en morir absoluto. Pero vivirlo así.